

Matar el tiempo

José Miguel Varas

Don Nibaldo Vargas, jefe de turno de la Maestranza del cerro Barón, almorzaba invariablemente en su casa a las 12 en punto, porque no hay nada como la comida casera y porque la pega le quedaba apenas a tres cuadras.

Un día a la hora del postre (compota de ciruelas), es decir, exactamente a las 12:23, extrajo aparatosamente del bolsillo lateral derecho de su chaqueta, un paquete envuelto en papel de seda de color rosado. Lo abrió con esa lentitud minuciosa que ponía en todos sus actos y que “atacaba” a la señora Adriana, su esposa. Nibaldito, el primogénito, de once años, y sus dos hermanas miraban con los ojos muy abiertos.

Apareció un estuche forrado en terciopelo azul, que se abría mediante un botón. Lo oprimió el padre con su pulgar gordo y apareció el más grandioso reloj pulsera imaginable.

Era un grueso disco dorado, con gruesos números negros y una esfera más pequeña donde giraba a saltitos una manecilla que indicaba los segundos. Todos admiraron el precioso instrumento con su correa de cuero de chanco, obsequio de los compañeros de la Santiago Watt con motivo de los 50 años de don Nibaldo.

La señora Adriana tomó con miedo el reloj que le tendía su marido, lo tomó con la punta de los dedos, como si fuera a morder, y lo levantó para mirarlo. Un rayo de sol lo iluminó en aquel instante y produjo un relámpago amarillo.

—¿Y es de oro? —preguntó la señora.

—De oro macizo.

Nibaldito estiró la mano, pero su mamá prefirió devolvérselo a su dueño:

—Estas cosas son muy delicadas. No le vaya a pasar algo.

—Pero no —dijo don Nibaldo—, deje que lo vea el Nene.

El niño lo examinó con gestos de entendido. Lo dio vuelta y vio que en la parte posterior había una inscripción.

—¿Y esto?

—Lea, pues mijo —añadió don Nibaldo.

Después de vencer el tartamudeo que siempre lo atacaba al comenzar a leer algo en voz alta, leyó: “A don Nibaldo Vargas, con motivo de sus 50 años, sus compañeros de la Maestranza del Cerro Barón”.

Don Nibaldo estaba un poco emocionado. Tuvo que carraspear para que se le escuchara:

—Para que vean. A nadie le habían regalado algo así.

Nibaldito, que seguía examinando el reloj, observó:

—Está adelantado.

Don Nibaldo consultó su gran Longines de bolsillo:

—Puchas, de veras. Como veinte minutos. Y esta mañana a las 10, cuando me lo entregaron, estaba justo en la hora.

—Bueno—dijo Nibaldito—, eso es fácil de arreglar. Hay que moverle el regulador de + a -. Es una palanquita que tiene en la parte de atrás. ¿Cómo se abrirá?

Comenzó a observarlo atentamente. La tapa posterior parecía soldada al cuerpo del reloj. La ranura era casi invisible.

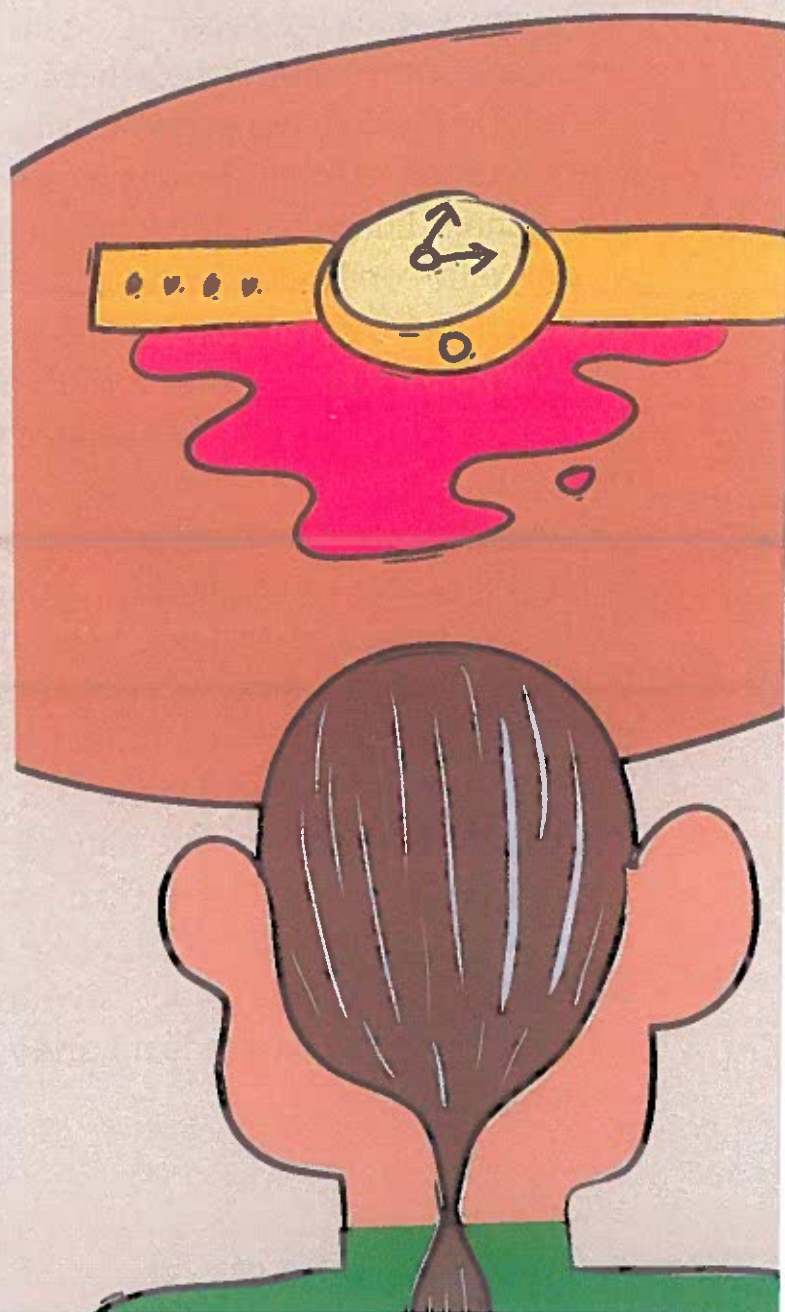
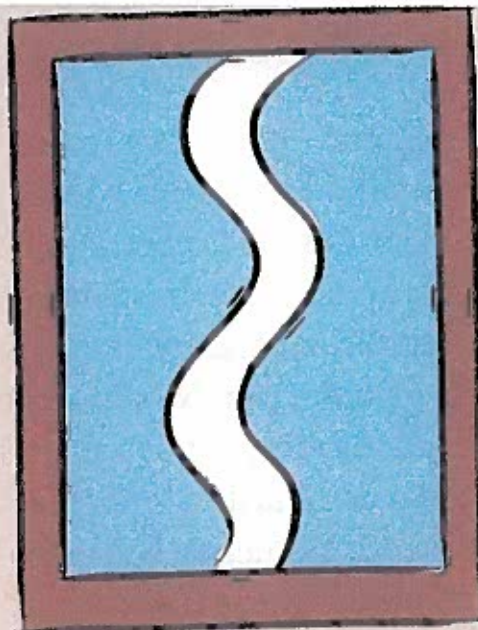
La señora Adriana dijo a media voz:

—Yo creo que no...

Don Nibaldo no la escuchó, muy interesado en las operaciones de su hijo. Este sacó del bolsillo su cortaplumas alemán de seis hojas y escogió la más delgada. La aplicó en la ranura y forcejeó largo rato, sin resultado.

—Mejor se lo llevo al relojero—dijo el padre.

Nibaldito, con los labios apretados y la frente perlada de sudor, siguió brujuleando. Todos los ojos estaban fijos en sus manos. Suspiró, miró atentamente su cortaplumas y escogió otra hoja, más angosta y larga. Forcejeó de nuevo. Nada.



—Bueno —dijo don Nibaldo—, creo que ya está bueno.

El niño lo miró con desesperación, pareció tomar impulso y aplicó la punta del cortaplumas con redoblada energía. De pronto, la hoja penetró en diagonal profundamente, hasta las entrañas del reloj.

Estalló un gran silencio que interrumpió la señora Adriana con una especie de gemido. Don Nibaldo miró el reloj, miró a su hijo, que ahora forcejeaba para tratar de sacar la hoja, atascada en las vísceras del reloj. Luego dijo simplemente:

—Lo asesinaste.

En ese momento, Nibaldito logró extraer el arma, que produjo un ruido raspado de metal contra metal.

Don Nibaldo estiró la mano y tomó el reloj por la pulsera de cuero. Lo miró de cerca y le pareció que estaba turnio. Notó que el minuterero se había desprendido de su eje y vagaba por la esfera. En un repentino estallido de rabia azotó el reloj de canto contra el borde de la mesa.

El reloj se abrió en tres secciones diferentes. A saber: el vidrio, el grueso cuerpo que encerraba el reloj y la tapa de atrás. Las tres partes rodaron en direcciones divergentes. Luego Nibaldito, sus hermanas, la señora Adriana y don Nibaldo vieron cómo corría sobre la mesa, girando, zigzagueando y con diversos rumbos, un gran número de ruedecillas, volantes, ejes y otras piezas, algunas color acero, otras doradas, y abundantes tornillitos negros como pulgas.

La señora Adriana ahogó un sollozo y corrió hacia el dormitorio. Don Nibaldo quedó mudo. Nibaldito también.

En ese instante empezaron a escucharse risas contenidas. Las dos hermanitas se tapaban la boca y se sacudían en sus asientos. La más chica comenzó a deslizarse por su silla hasta desaparecer debajo de la mesa. Se intensificó la risa de la mayor. Nibaldito sintió en el estómago una especie de temblor mientras la cara se le movía contra su voluntad. Descubrió con cierto espanto que también se estaba riendo y no podía parar.

Don Nibaldo puso una cara muy rara, como si tuviera dolor de muelas y a la vez le hicieran cosquillas. Al final estalló en una carcajada estrepitosa. Reían, reían los cuatro, sin poder contenerse. Les dolían los costados. Siguieron riendo, aun más cuando regresó la señora Adriana, con los ojos llorosos y un pañuelito delante de la boca y se quedó mirando atónita la alegría frenética e inexplicable de su familia.